

(Cuento publicado en 1985)

MANOS EN LA NOCHE

El hombre ha llegado de regreso a la ciudad grande y misteriosa. Fue su patria, pero al cabo del tiempo de ausencia se siente como un forastero. De día se lía en el dedalo de calles y la multiplicidad de medios de transporte, confundido sin acierto en los intentos de llegar a alguna parte. De noche se debate con sus insomnios en el cuarto que tiene de prestado, carente de medios para el pago de uno propio o arrendado.

Esta noche ha vencido la desconfianza de caer, por tropiezo en las veredas de baldosas reventadas, tal como si hubieran sufrido un bombardeo; ha superado el miedo de darse a bocajarro con los malhechores que roban a mansalva a los transeúntes. Lo lleva una obsesión: en alguna parte de la ciudad indescifrada una mano lo aguarda para tenderse a él. Socorrido por esta ilusión improbable se ha echado a andar más allá de las calles donde hierve continuamente el fragor de los coches en marcha, hasta llegar a extremos donde un perro que no se ve aúlla lastimero y agorero.

No se ve porque la bestia no está en campo abierto, sino detrás de ese muro con que ha topado el hombre, quien ahora sigue la construcción lineal, él solo, sin hallar persona alguna en su trayecto, ni al costado aberturas que propicien la salida o aproximación de otras gentes.

El hombre se ha quedado en medio del silencio temible, rajado éste por los alaridos o gemidos del perrazo al que no se puede llamar perrazo ya que no se le ve.

El hombre porfía en llegar al extremo del muro, anda y anda sin agotar el cinturón de piedra o ladrillos que le guarda el flanco y le impide acceder a la llanura presentida. Sospecha que ha llegado a la Muralla China y se consuela con que tropezará con una garita donde un hombre lo acogerá con una palabra. Infiere que ese guardián o

vigía puede ser soldado y estar armado y en vez de tenderle la mano le clavará la bayoneta que lleve en el extremo del fusil. Esta suposición lo encoge, pero no depona su empeño de andar hacia donde, él lo sabe, lo aguarda una mano.

Tanto dura la travesía junto al muro que el hombre cae en el pensamiento de que detrás del muro nada hay, nada alienta, conjetura desmentida por los ladridos y si hay perro puede deducirse que, con él, como amo o verdugo, estará un ser humano.

Sin declinar en su sombra, sin admitir la menor infiltración de la luz, ni del cielo ni a ras del suelo, la noche sigue su curso, más prolongado del que se puede considerar normal para una noche.

El hombre siente una molestia, como un picor en el mentón y en la mejilla. Lleva la mano a esas partes de su cara y descubre que la barba le ha crecido. ¿Cuánto tiempo, cuántas noches lleva caminando bajo el asedio de ese can, presumiblemente carnicero, que de no ser por el muro podría haberse lanzado a destrozarlo?

Busca reparo a su inquietud que ahora le está haciendo estremecer el pecho, y se apega a otra teoría: nada hay que temer, ya que detrás del muro nada hay, ni seres vivientes ni de ninguna especie, el mundo se acaba allende la tapia, lo que tampoco es confortante: si la tapia cayera como una abstracción o materialmente con un estrépito intolerable, el hombre —piensa— se daría con la cáscara del Universo o cuando menos, con una superficie inerte y desamparada como la costra de la Luna.

La perspectiva de tan vasta soledad lo atormenta y lo sobrecoge de pavor.

Sin embargo, recurrente, vuelve a él, como una esperanza amable, el designio con que emprendió la marcha: hallar la mano tendida hacia sí, solitario perdido en la noche.

Avanza obstinada, tercamente superando sus miedos, arrastrando el peligro que puede suponerse y todavía no se puede saber en qué consiste.

Tiene fe, oscura e indescifrable fe, en que cualquiera sea el riesgo podrá ser benévolo. Pero he aquí que debe encontrar la mano, como si fuera la fraterna de la bienvenida, y sólo entonces estará superada la prueba.

Ya quedaron atrás el vacío absorbente que lo llamaba como para devorarlo, el enorme hueco negro junto o a lo largo del murallón circundante. Este, entretanto, ha cesado de ser precinto o envoltura, sólo queda igual que la monda de una naranja, una cinta enludada de cáscara. En el interior protege, bordea, algo igual que monumentos, más de uno, más de diez.

Se aproxima a ver más de cerca y descubre que tienen puertas. Sobre la puerta, en éste sí, en el de más allá también, un llamador macizo que con esfuerzo visual se puede distinguir que acusa la forma de una mano. Tentado está de alzarlo por la extremidad y dejarlo caer para probar su peso. De pronto la mano se desdibuja: ya es una serpiente prendida que saca la cabeza.

Luego, la mano puede asirlo y capturarlo. La mano es una trampa, un instrumento asesino. Que él, para superar el terror y la fatalidad, debe ignorar. En el momento en que va a batir el portal con el llamador, sospecha que representa la venganza contra él, pero como se sabe inocente, tiene que asumir su entereza.

Toma el llamador, que es pesado, y la mano se abate, con un sonido apagado pero poderoso, de bronce que choca con una puerta. Golpea y el sonido denso es como una convocatoria mágica: se abre la luz y desaparece el murallón alto que obstruía la visión. El hombre reconoce la calle Junín en su proximidad con Las Heras, donde circulan tardíos automóviles y ómnibus.

Gozoso —a medias— se reconoce salvajado, admite que su miedo lo perdió sumergiéndolo en el pánico, que no hubo ni hay Muralla China, que la serpiente no lo ha mordido y él no tiene más que dar unos pasos para llegar a la esquina con Las Heras y subir al 60.